

SE LO MEREÍA

Fue entonces cuando se derrumbó. La entiendo, para nadie es fácil pasar por algo así. Le ofrecí un vaso de agua y le pedí que siguiese contando todo lo que recordase de aquella noche: a qué hora llegó su marido, qué cenaron y cuándo se marchó por última vez (sin saberlo) de su casa. Lo cierto es que su rostro estaba blanco, las lágrimas expresaban algo más que tristeza. La mujer a penas contestaba mis preguntas, no dio detalles ni respuestas demasiado largas, por lo que tuvimos que esforzarnos en averiguar parte del relato. Carlos, mi compañero, se dio cuenta de algo raro: era una calurosa mañana de agosto y ella vestía mangas y pantalones largos, detalle que tuvo que anotar (para una gran mente nada es pequeño, dice).

-Tiene usted una marca en la cara, ¿se ha hecho daño? – preguntó mi compañero, aunque todos en el pueblo sabíamos quién era el culpable de esa cicatriz.

Ella no contestó, simplemente se encogió de hombros en un intento de evadir la pregunta, clavó su mirada en el suelo. Sin duda, el ahora difunto señor López era conocido por sus incontenibles ataques de ira, que a menudo pagaba con su esposa. Además, fue acusado de decenas de crímenes que nunca llegaron a probarse gracias a sus amigos en comisaría. Un cobarde violento, eso es lo que era. La mujer se fue con un rostro más pálido del que tenía cuando entró.

-Estaba metido en malos negocios, alguna deuda se le quedó por saldar y lo pagó de la peor forma. – dijo Carlos. – lo que está claro es que el asesino fue de lo más cuidadoso, no queda ni rastro.

Reflexioné lo que acababa de escuchar y era cierto, siempre he sido una persona de lo más cuidadosa.

-Se lo merecía – dije mientras salíamos de la comisaría, ya era hora de comer.